

José Güich Rodríguez

El archivo de “N”*

Teruel bajó las escaleras tropezando con los miembros del personal a cargo de los palcos y la galería. Había decidido salir subrepticamente antes de que las luces se encendieran y el público trajera abajo la sala con aplausos y aclamaciones. Ese año, 1947, parecía promisorio para la lírica. La presentación de esa compañía italiana no dejaba duda acerca de que Lima era otra vez una magnífica locación. Alcanzó el tranvía justo a tiempo. Los últimos compases de *La Bohème* aún resonaban en su cabeza mientras escogía asiento en la parte delantera. Era su ópera predilecta, con todos los componentes para hacer de ella una obra imperecedera: una heroína que se sacrifica, artistas románticos y tan pobres como ratas viviendo al límite... tragedia y lágrimas por doquier...

No sería un trayecto muy largo a través del Centro, pero le permitía rememorar por algunos minutos los viejos tiempos, cuando era un reportero joven y corría de un lado a otro para cubrir comisiones de toda índole.

* Este cuento forma parte del próximo libro de relatos del autor.

Entró a la redacción de *El Centinela* también a la carrera, emitiendo familiares saludos al vuelo a los conserjes, en primer lugar, y luego a todos los periodistas que le abrían paso, comprensivos. A pesar de su actual cargo —editor general—, nunca había perdido el sentimiento de compañerismo y camaradería gremial. Los redactores más viejos, sus maestros en el campo de batalla, se apartaban con agilidad, sonrientes, pronunciando palabras de aliento, como veinticinco años atrás.

Teruel ingresó a la oficina, donde la señora Raquel disponía de lo necesario para la comodidad de su jefe, quien dejó el sombrero en el perchero y se despojó del saco. El café humeante ya aguardaba en una mesita auxiliar. Ella también sonrió. Conocía a Teruel un cuarto de siglo. Siempre tenía la impresión de que aún era ese joven impetuoso y seguro de sí mismo que un día tocó la puerta de don Arturo para mostrarle una crónica sobre el fútbol. El ya fallecido fundador quedó tan impresionado, que lo contrató en el acto.

Hoy, ese muchacho ocupaba el puesto de mayor jerarquía, después de los directores. Sin embargo, ahí estaba, llegando a las apuradas para escribir sobre ópera antes de que las prensas comenzaran a imprimir la edición del día siguiente. La *Underwood* comenzó a traquetear con un ritmo imparable. De vez en cuando, le gustaba volver al ruedo. Ante la súbita descompostura del encargado de arte y música, había reservado para sí la elaboración de la reseña. La concluyó en menos de una hora, con las correcciones incluidas. Apuraba su segunda taza de café cuando entró Juan Quispe. Era el compañero de muchas jornadas y, en la actualidad, jefe de Fotografía. Le mostró las vistas de la función.

—Estupendas, Juan... Como siempre —comentó, revisando las ampliaciones—. Creo que la soprano debe ir de todos modos. Vaya que está guapa la niña.

—Me alegra que te gusten, Pablito. A mí también me encanta la chica. Dará que hablar.

—Coincidimos —se trataban con extrema confianza, como integrantes de una férrea y legendaria dupla; era el momento de las bromas—. Estás hecho un viejo verde, Juan. Tu debilidad siempre fueron las artistas... Bueno, si tú no le comentas a María Luisa que elogíé a la diva, tampoco le diré a tu señora que andas siguiendo a una cantante que podría ser tu hija.

Quispe rio con sarcasmo. Le dio las buenas noches, para luego perderse en los laberintos del diario, rumbo a las comarcas de la tinta y del linotipo. El reloj marcaba las once y media de la noche. Llegaron los últimos sueltos para el visto bueno. Le indicó a Zulueta que revisara por última vez la sección política, pues Arturo hijo siempre estaba a la caza de cualquier exceso subjetivista que atentara contra la línea independiente del periódico.

Ya quedaban escasos redactores en la oficina. Levantó la mano en señal de despedida. En la puerta, el conserje de turno, un moreno alto y canoso, le preguntó cómo había estado la función. Él elevó un pulgar, a la manera de los norteamericanos:

—De primera, don Carlos. Hay una presentación adicional el domingo, a las cuatro de la tarde. Mañana pase por mi oficina para obsequiarle una entrada de cortesía. Es la última que tengo; sé que usted es aficionado.

—Muchas gracias, señor Pablo...

—Don Carlos, usted me conoce de toda la vida... desde 1922. Solo Pablo, como en los viejos tiempos.

—Es difícil acostumbrarse.

—Haga el intento. Entonces, no se olvide de pasar mañana.

—Ahí estaré... Gracias de nuevo... Pablo... pero en horas de trabajo le diré señor Pablo.

—Como usted quiera.

Palmoteó con suavidad el hombro del conserje. Caminó hacia la Plaza San Martín. En el jirón de la Unión, los noctámbulos ya tomaban posesión silenciosa de las calles. Hacía frío. María Luisa tendría que buscarle la gabardina, pues él nunca hallaba las prendas correctas en esos cambios de estación. Con las manos dentro de los bolsillos del saco, apuró los últimos tramos de la vía, columna vertebral del Centro. La plaza se abrió ante él. Cruzó la amplia explanada, en donde, circundando al monumento ecuestre, brotaban jardines muy bien cuidados.

El reloj de la compañía “Fénix” marcaba quince minutos para la medianoche. Escasos viandantes circulaban a esa avanzada hora por las inmediaciones. Casi todas las bancas, adosadas a pequeñas balaustras ornamentales, estaban vacías. Después de caminar por los portales cercanos al Club Nacional, llegó hasta el jirón Carabaya. Giró a la derecha y a unos metros, se erguía el edificio de departamentos que él y su familia habían inaugurado. Saludó al encargado y se dispuso a tomar el ascensor. Aguardaba a que la puerta se abriera cuando el portero lo atajó:

—Señor Teruel. Disculpe. Me olvidé de entregarle esto.

Era un sobre sencillo, tamaño carta.

—¿Quién lo trajo, Luis?

—Hace una hora, más o menos. Quería esperarlo, pero yo le anuncié que usted era periodista y no tenía horario de llegada.

Teruel examinó el sobre con cierto desgano.

—Gracias, Luis. ¿El hombre dejó algunas señas?

—No, señor Teruel. Dijo que volvería cuando usted estuviera en casa. Solo hará una visita breve. Pero no mencionó el día. Recomendó que leyera con atención el contenido.

El portero se retiró a su puesto. Teruel volvió hacia la zona del ascensor. Salió al pasillo. Abrió la puerta con extrema suavidad, a sabiendas de que María Luisa y los chicos ya esta-

ban dormidos. Sin demasiado apetito, pasó un momento por la cocina. Luego, recogió el sobre —depositado previamente en una consola del vestíbulo— y se dirigió al pequeño estudio, anexo a la sala. Encendió la luz. Quizás se trataba de alguna invitación, pero la mayoría las entregaban en el local del diario. Sentía deseos de continuar disfrutando de la ópera, así que buscó unos discos; luego activó un pequeño gramófono RCA Victor. En volumen muy bajo, dejó que la atmósfera se impregnara de Puccini y su profundo conocimiento del eterno femenino. Podía darse el lujo de trasnochar un poco, pues tenía que estar en la oficina a las once de la mañana. Tomó asiento en su sillón de lectura; abrió el sobre con impaciencia. Estaba muy fatigado, por lo que no se molestó en buscar un cortapapeles en el escritorio.

Extrajo una suerte de carpeta, en cuyo interior había un conjunto de folios. Las hojas, en conjunto, sumaban nueve. A veces le enviaban artículos: se trataba de gente excéntrica y anónima que pretendía decir sus grandes verdades sobre el mundo y la humanidad. La mayor parte de esos textos iban de frente al tacho de basura. Le agobiaba esa rutina; los autores de semejantes mamotretos eran narcisistas. Solían presentarse días más tarde en la redacción para reclamar, en tono airado, porque su genial aporte no era publicado. A través de Zulueta y la señora Raquel, les hacía saber que por ahora el diario no estaba interesado, pero que de todos modos se agradecía el gesto.

Saturado por las experiencias, apartó las hojas para dejarse llevar por el maravilloso dueto entre la costurera Mimí y el poeta Rodolfo. Cerró los ojos un instante, concentrándose en ese primer encuentro entre los desventurados amantes. Tuvo uno de esos periodos cortos de sueño, que anuncian la urgencia del descanso. Al despertarse, sobresaltado, vio que los folios y la carpeta estaban a sus pies. Las ordenó, aún somnoliento.

Descubrió que el papel estaba en desuso. Seguro que el autor había mantenido encarpetado su trabajo por mucho tiempo, a salvo de la humedad. Ese material se usaba mucho a fines de los años diez y comienzos de los veinte. La última página se había deslizado bajo la butaca.

Cuando la extrajo, después de mucho esfuerzo, vio la firma. Terminó de despertarse. El nombre lo activó como un resorte: *Ricardo Palma*. Al costado, una fecha: 1906. Los caracteres correspondían a las viejas máquinas de inicios de siglo. Su padre había sido gran amigo del autor de las *Tradiciones*. Teruel mismo frecuentó su casa. Incluso, ambos acudieron al rancho de Miraflores unos días antes de su muerte, en 1919. También padre e hijo fueron partícipes de las honras fúnebres y del multitudinario sepelio del anciano. Descubrir ese nombre lo desplazó de inmediato al limbo de los recuerdos. Pero la sorpresa se difuminó ante su propia vena inquisitiva. Se aproximó al escritorio, encendió la lamparita, se arrellanó en el asiento y leyó el contenido de un tirón.

Al concluir, se inició la batalla interna entre su escepticismo de viejo anarquista y una creciente apertura a aceptar que no todo podía ser resuelto dentro de los fueros convencionales. Los casos precedentes eran estímulos para evitar que la balanza se inclinara hacia un lado u otro.

Era un inédito de Palma —en principio—, pero con una historia que nada tenía que ver con las *Tradiciones* o los trabajos filológicos. Tenía el aspecto de una declaración personal y privada.

Teruel debería, como siempre, tomar distancia y formular algunas interrogantes: La primera giraba en relación al visitante, portador del sobre. El extraño no había dudado en dejarlo —exceso de confianza o desinterés económico—. Se decidió por lo último: de mediar una cuestión monetaria, el hombre habría insistido en esperarlo. Por otro lado, siendo Teruel pe-

riodista prestigioso e influyente, quizás el visitante confió en que el texto sería devuelto, en caso de que no le interesara al diario.

Resuelto ese primer punto, empezó a trazar unas notas en el bloque de hojas que siempre aguardaban sobre el escritorio, en un intento por ordenar los puntos centrales de la extraña historia contada, en apariencia, por Palma. Era su método de trabajo, desarrollado con los años. Le resultaba de extrema utilidad para contar con una visión sistemática de los acontecimientos, triviales o insólitos. No había diferencia al respecto.

Primero: Los sucesos narrados por Palma acontecen a fines de abril de 1866. En esa época, el escritor sirve en el Real Felipe bajo las órdenes del ministro de Guerra José Gálvez, quien moriría el 2 de mayo, destrozado por un proyectil al parecer lanzado por la flota española contra el torreón de La Merced. (Pero el origen de la detonación nunca pudo ser demostrado).

Segundo: Palma, hacia el 28 de abril, avizora algo fuera de lo común en las aguas frente al Callao. Está amaneciendo. El joven oficial rastrea el mar con unos binoculares. De pronto, una figura de contornos extraños emerge. Es de grandes dimensiones. Se lo comenta a unos grumetes, y estos dicen que es una ballena. Pero no es la época de aparición de los mamíferos; además, nunca se acercan tanto a la costa. Palma sostiene que miró por un momento hacia la isla de San Lorenzo, pues quería hacerse una idea real de las dimensiones de tan rara aparición. Cuando su vista retornó al punto original, el objeto o lo que fuese ya había desaparecido. En este punto del relato, hay una digresión del escritor: no sabe si acudir a los superiores, específicamente a Gálvez, o acometer otra observación que le permita contar con más pruebas fehacientes de que algo muy grande ha aparecido en esas aguas y se ha ocultado rápidamente. Pero su fuero interno lo conmina a acercarse al

despacho cuanto antes: si hay ballenas en la zona, y a tan corta distancia —entre las islas y el Callao—, la flota aliada podría chocar contra alguno de esos enormes animales del mar. En este caso, la curiosidad del consumado hombre de prensa que ya era Palma por entonces fue sojuzgada por el deber.

Tercero: El ministro Gálvez, comandante de la guarnición del Real Felipe, lo escucha con atención. El enemigo se encuentra mar afuera, parapetado en unos islotes. Hay una tensa calma. Ya ha habido escaramuzas y bajas. La flota chilena patrulla, mientras que los ecuatorianos —también miembros de la Alianza— apoyan en los temas logísticos. Hay camaradería entre los hombres y la moral está al tope. Se oyen por doquier proclamas, desde diversos sectores de la fortaleza. Los españoles están decididos a recuperar sus posesiones, pero la Alianza ha organizado una sólida posición defensiva, utilizando, paradójicamente, las instalaciones coloniales construidas en el siglo XVII para defender el puerto y la ciudad de Lima de los corsarios, piratas y filibusteros.

Cuarto: A los dos días, 30 de abril de 1866, se produce un nuevo avistamiento, pero esta vez es mucho más explícito. El enorme animal, o lo que sea, produce una intensa luz. El incidente vuelve a ser atestiguado por Palma, quien otra vez es partícipe de la guardia nocturna. Todo ocurre a medianoche. Por unos segundos, Palma, siempre provisto de los binoculares, ha observado una especie de portezuela abierta y a una figura humana que se esconde con celeridad. El objeto desaparece debajo de las aguas. Después del consabido asombro, ya existe una certeza de que no se trata de una ballena o alguna especie de cetáceo desconocida en esas tierras.

Quinto: La curiosidad parece vencer a la cautela del oficial en tiempos de conflicto. Hay algo ahí que debe ser investigado; para ello, es necesario el envío de una patrulla. Gálvez se niega al principio: no puede exponer hombres. Pero Palma,

entonces impetuoso cronista de treinta y tres años, sabe que es una oportunidad única. El Comandante también está intrigado por lo que su joven ayudante le ha relatado. De hecho que habrá sido una conversación accidentada la que sostuvieron esa madrugada el Comandante y su asistente de confianza. Al fin, Gálvez da su consentimiento, un poco a regañadientes; le advierte al oficial Palma que se embarca por su cuenta y riesgo, y que es responsable por el bienestar de los hombres a su cargo.

Sexto: Dos grumetes, cuyos nombres han quedado en el anonimato para siempre, acompañan al escritor. Ellos bogan mientras el oficial en jefe de la pequeña patrulla se sienta en la proa y observa la superficie. No pueden encender luces de ningún tipo. Se le ha dado a Palma solo una hora para investigar; debe aprovecharla al máximo. A partir de ese momento, el desarrollo de los acontecimientos es asombroso. El pequeño bote explora el punto donde don Ricardo calcula que apareció “la cosa”. Al cabo de media hora, se descubren luces debajo del agua, ante el terror de los grumetes y de una postrera confusión a bordo, producto de una agitación de las aguas cuando “eso” emerge. Palma alcanza a ver muy de cerca el objeto: es metálico, fabricado con láminas cuyas juntas bien podrían recordar las escamas de un pez. El desplazamiento de masa que produce es de tal envergadura, que el bote parece una caja de fósforos en medio de poderosas corrientes. Y ahí puede trazarse la línea divisoria en el increíble informe: Palma cae al agua, después de perder el equilibrio. Los grumetes, aterrados, ven cómo se abre una escotilla sobre el lomo del “monstruo”, salen dos hombres vestidos con trajes marineros e introducen al náufrago en el vientre de la bestia.

Al llegar a este punto, en la redacción de su síntesis, el lápiz se le cayó de las manos. Las coincidencias con una clásica novela eran tan asombrosas, que no podía continuar la escritura. Si el viejo estaba realizando un homenaje a un modelo

literario, el resultado era muy convincente. Tampoco se podía descartar que el verdadero autor del insólito texto fuese el visitante a quien Luis, el conserje del edificio, había atendido. No tenía un ejemplar del libro a la vista —estaba en la antigua casa de sus padres—, pero lo recordaba con cariño. Era una versión de la editorial Sopena, de Buenos Aires. Alguien se la obsequió en los nebulosos años diez. Fue una de sus primeras lecturas intensas, definitivas, lo mismo que para muchos compañeros de su generación.

Escribió algunos nombres en los márgenes. Recordaba muy bien al profesor Aronnax, al arponero canadiense Ned Land y al criado del científico, llamado Conseil. No obstante, la figura emblemática y memorable era el capitán de la embarcación submarina. Misterioso, atormentado, era el verdadero eje del libro. Las contradicciones de su carácter lo hacían muy moderno, y a la vez, de todas las épocas. No era un héroe ni lineal ni previsible. Teruel había quedado impresionadísimo con el episodio en que, en un verdadero arranque de frenesí, elimina a los calamares gigantes que quieren apoderarse de la nave, el *Nautilus*. El contrapeso entre los varios seres que parecían habitar en el capitán lo proporcionaban ciertos momentos de serenidad, cuando Nemo se dedicaba a sus quehaceres científicos. Un erudito, especialista en varias ramas de la ciencia y a la vez un rebelde, un anarquista, un renegado, un apátrida en guerra contra los imperios de la tierra. Quizás por eso, durante su primera juventud, Teruel lo había reivindicado como a uno de sus paradigmas secretos. Ahora lo veía con infinita nostalgia.

Volvió a su esquema, atenazado por la inquietud. ¿Qué tanto habría conocido Palma la obra de Verne? El francés era mayor por lo menos ocho o cinco años, y se convirtió en un hombre venerado por todos. Fueron contemporáneos. Tendría que buscar referencias sobre el autor francés en la obra crítica

de Palma para comprobar la veracidad del texto —en cuanto a la supuesta autoría—. Eso tomaría tiempo. Aún estaba pendiente hablar con el hombre que le había dejado el escrito. También debería refrescar su memoria en torno del Combate del 2 de Mayo de 1866, el único dato incuestionable dentro de la historia y de la biografía del escritor limeño. Antes de proseguir su sinopsis, tomó un lápiz grueso y escribió, sobre la cartulina “Archivo de N°”: el nombre del capitán y de su nave comenzaban con la misma letra.

Séptimo: Los grumetes retornan al Callao, presas de una crisis (Palma habría recabado información después de la aventura, lo que explica su conocimiento de todo lo que ocurrió tras su misteriosa desaparición en el mar). El mismo Gálvez los interroga. Les pregunta si han bebido, o si no se trata de una broma, para la cual solo hay una pena: corte marcial y pelotón de fusilamiento. Al final, Gálvez determina que los asustados muchachos no mienten. Los devuelve a su unidad, advirtiéndoles que no hablen más de la cuenta. Se le presenta un problema serio; lo medita antes de optar por un camino: o acusa a Palma de desertión y lo hace buscar por mar y tierra (para lo cual no hay tiempo), o espera el desarrollo de los acontecimientos. Algo le dice que hay una situación anómala. Los grumetes dicen que un pez de metal, con poderosas linternas que iluminaban el fondo del mar, se tragó al oficial; pero el ministro Gálvez, como hombre práctico y curtido por los años, sabe que eso es imposible: los peces son de carne y sangre, como cualquier animal que nade, repte o camine. Inteligencia ya ha determinado movimientos estratégicos de los navíos españoles. Los mexicanos, que acababan de echar a los imperialistas franceses de su país y ahora colaboran con la Alianza, tienen recursos muy eficaces en ese campo. Los godos planean un asalto en las próximas setenta y dos horas. Por otro lado, el Ministro sabe que Palma es leal a la causa. Teme que

haya caído al mar, traicionado por las corrientes y oleajes que se forman entre San Lorenzo y la isla más pequeña. No obstante, persisten sus dudas, pues recuerda las observaciones de su asistente respecto a un objeto enorme y no identificado que navega por esas aguas. Frente a una situación crítica, espera a que, si por ventura ha sobrevivido, sea el mismo escritor quien explique su ausencia.

Octavo: En este punto, Palma brinda pistas muy oscuras sobre su paradero. Supone estar dentro de una especie de máquina submarina, con una maniobrabilidad asombrosa. No mantiene contacto con la tripulación, excepto con un hombre que le lleva alimentos y una muda de ropa y zapatos, pues el uniforme que lleva está empapado. Definitivamente, la nacionalidad de origen del navío es imposible de determinar. No pertenece a la armada española. Solo ha visto una “N” dibujada sobre una de las paredes del pasillo por donde los dos hombres, que no cruzaron palabra alguna con él, lo han llevado después de rescatarlo de las aguas. Poco a poco asimila la situación: está retenido en una especie de cabina que cuenta con una litera e instalaciones sanitarias. El aire es de muy buena calidad. Por eso, no teme morir asfixiado. Pide una y otra vez, en castellano, francés e inglés, hablar con el capitán del buque o de lo que sea. No hay respuesta. De lo único que está seguro es de que ahora navegan por debajo de la superficie. El hecho, visto desde afuera, parecía inaudito; no obstante, para quien lo vive, como él, es algo tan natural como respirar. Se pregunta qué potencia extranjera es capaz de construir un navío tan prodigioso. Su mente apenas alcanza a concebir qué instrumentos o tipo de máquina le permitirían a una nave realizar semejantes proezas. Quiere conservar la ecuanimidad del periodista, y se esfuerza en ello; aun así, la tensión es fuerte. Además, le preocupa el destino de los grumetes que lo acompañaron. A sabiendas de que no hay nada qué hacer por ahora,

sino aguardar a que alguien se acerque y aclare su estatus, se instala en la litera y duerme. Apenas percibe lejanos rumores de actividad en la nave: puertas que se abren y cierran; circulación de líquidos y aire por conductos invisibles.

Noveno: El escritor cuenta haber sido despertado. Una luz potente lo enceguece. Oye hablar a los hombres en una lengua desconocida. Se pone de pie por instinto y a la defensiva. A continuación, la intensidad de la luz disminuye y descubre, recortada contra el pasillo, la silueta de un hombre alto, vestido con un traje de oficial. En todas las insignias que lleva, figura la “N” ya aludida. Su cabellera es tupida, sin llegar al desaliño. Al acostumbrar su vista al ambiente, descubre que el hombre también lleva barba; sus atributos más característico son, sin duda, los ojos, de mirar profundo y permanentemente escrutadores.

En este punto de su versión resumida, Teruel sonrió. Ya podía dar por hecho que se trataba de una hábil estratagema literaria. La descripción del capitán era casi idéntica a la de Verne. Era un auténtico ejercicio de ingenio, quizás un tributo a la memoria del viejo, realizado por uno de sus admiradores. Se honraba, además, al novelista francés, probablemente el más célebre creador de su época. De hecho que la “N” correspondía al nombre de la nave, *Nautilus* (una especie de molusco, pariente de los pulpos y del calamar), aunque también podía referirse a Nemo (es decir, “Nadie”, siguiendo la etimología latina). Teruel conservaba fresca la explicación, que no figura en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, sino en *La isla misteriosa* (la otra novela donde aparece el atormentado capitán). Ciertamente animado, siguió ingresando a ese insólito juego entre realidad y ficción.

Décimo: El naufrago pide otra vez explicaciones. El hombre lo contempla, inmutable. Por las referencias que brinda Palma, la conversación no se extiende demasiado. El oficial le

contesta en un magnífico castellano, aunque revela un acento muy particular, de origen extranjero. El mismo aspecto del hombre es inclasificable: podría ser mediterráneo u oriental. Siempre seguro de controlar la situación, el hombre le dice al escritor que no se le hará ningún daño, que no es rehén ni prisionero. Se le mantendrá en el camarote por razones de seguridad. Pero elude con diplomacia cualquier explicación sobre la naturaleza del navío y la tecnología que lo impulsa. Al final, también le informa de que la embarcación en la que ahora navegan, sumergidos en la bahía de Lima, no pertenece a ninguna de las potencias imperiales conocidas, o a algún país en particular. Sin esperar una réplica de Palma, quien está preocupado por retornar a su puesto en el Callao, el capitán se retira. Solo le dice que debe considerarse un huésped momentáneo. Será devuelto sano y salvo a su unidad en cuanto sea posible. La puerta metálica se cierra con brusquedad antes de que Palma formule la siguiente pregunta, de las decenas que tiene.

Undécimo: Las horas que siguen son una mezcla de incertidumbre para el joven oficial y periodista, que considera su situación como una de las más extrañas experiencias de su vida. Su noción del tiempo se ha alterado; podría haber pasado un día entero ahí, o apenas diez horas. Muchas ideas descabelladas pasan por su cabeza. Está seguro de que Gálvez no interpretará su desaparición como un acto de cobardía o de colaboracionismo. Aun así, su desasosiego es irremediable: no saber qué pasa en el exterior, en medio de los preparativos de un ataque español, y por otro lado, permanecer en la ignorancia absoluta respecto al misterioso barco submarino y a su capitán, son demasiado para un temperamento. A esas alturas, es incapaz de precisar si el navío está quieto o se desliza en silencio.

Duodécimo: La rutina es exasperante. Le llevan alimentos —todos de origen marino— agua pura, toallas, productos de

aseo. Le asombra el sistema de desagüe del retrete, funcional y aséptico. En medio de sus cavilaciones, lo sacude un movimiento de la nave. A lo lejos, distingue el rumor sordo de una detonación. En esa intranquilidad, pasan dos o tres horas más. Se acerca en repetidas ocasiones a la inexpugnable puerta del camarote. Golpea la lámina; llama a viva voz a sus custodios.

Decimotercero: Un letargo ha hecho presa del huésped. En la última hora, el aire ha comenzado a enrarecerse. Palma es incapaz de sostenerse y ha caído sobre el mullido piso del camarote. Describe la situación como algo angustiante. Por primera vez, siente la cercanía de la muerte. Lo atribuye a una avería en lo que debe de ser el sistema de circulación de aire. Casi ha perdido la conciencia cuando vuelve a oír pasos en su dirección. De pronto, una especie de silbido anuncia que la calidad del aire ha mejorado. El ambiente viciado cede el lugar a una atmósfera respirable. Dos tripulantes abren la puerta e ingresan, raudos, como temerosos de no llegar a tiempo. Detrás de ellos, un hombre, también con uniforme de oficial, lleva un maletín. Lo somete a una revisión exhaustiva. Al dirigir otra vez su mirada hacia la puerta entreabierta, Palma descubre la presencia del capitán. Aún víctima de la situación, cree oír unas disculpas por parte del enigmático hombre respecto al sistema encargado de renovar el aire. También comenta algo del retorno. Pasan unos segundos antes de que el escritor comprenda que será devuelto a la superficie.

Decimocuarto: Un auxiliar de a bordo se presenta con el uniforme de Palma. Está seco y cuidadosamente plegado. El calzado refulge. También le entregan la placa que lleva su nombre y señas. El huésped procede a cambiarse de indumentaria, aún intrigado por todos los acontecimientos vividos en el prodigioso navío. Satisfecho por lo que él considera una “liberación”, recorre con la vista, por última vez, el camarote, la litera y los utensilios de aseo personal. Siente que algo deter-

minante ha ocurrido, pero que no tendrá sentido para él sino hasta muchos años después de ocurrida su extraña aventura. Es el mismo capitán quien lo escolta hasta la salida. Y Palma solo atina a preguntarle su nombre. No hay respuesta. Luego, indaga por la fecha. Es el 1 de mayo de 1866. Suben por una escalerilla. Ya en el exterior, lo deslumbra el crepúsculo. Hay cielo despejado. Las islas se perfilan, como enormes custodios, hacia la derecha. El Real Felipe se alza, bajo una tonalidad naranja, al lado opuesto. Palma le pregunta al hombre de qué lado está su bandera. Tampoco hay respuesta. Solo le anuncia una hora, al día siguiente: once de la mañana. Palma no logra captar el significado y el capitán debe repetir la información con cierta premura. Lo invitan a descender a un bote, donde lo aguardan dos tripulantes del navío. Poco a poco, la enorme embarcación, que ahora aparece sumergida hasta la mitad, se aleja. La silueta del capitán parece estallar con los fuegos de esa agonizante luminosidad. Lo oye gritar, a la distancia: once de la mañana, señor Palma. Los circunspectos tripulantes guían el bote no hacia el Callao, sino hacia la pequeña península que llaman “La Punta”. Lo acercan a una de las solitarias playas de canto rodado; siempre silenciosos, retornan por donde vinieron. En el crepúsculo, Palma los ve alejarse, rumbo a la nave madre. Emprende el camino hacia el Real Felipe, sin estar seguro de lo que la frase repetida con insistencia por el capitán puede significar.

Teruel concluyó su resumen en estado febril. Como Palma en el navío, había perdido por completo la noción del tiempo. Eran las tres de la mañana cuando depositó el lápiz sobre el escritorio y se restregó los ojos. La voz suave de María Luisa se oyó fuera del estudio:

—Pablo... ¿Estás ahí?

—Sí, querida. Estoy aquí, trabajando.

Su esposa, en bata, con el oscurísimo cabello suelto y en-sortijado —que a él le encantaba por su semejanza al de una gitana andaluza—, apareció en el vano de la puerta. Sus ojos almendrados destacaban más que nunca.

—Te oí llegar. Eran las doce. Pensé que irías a acostarte.

María Luisa miró los papeles revueltos. La apariencia de aquel desorden era muy característica en Teruel.

—Trabajando hasta tarde otra vez... Querido, me prometiste que ibas a atenuar el ritmo. Ya no eres un jovencito.

—No te inquietes, linda. Es algo imprevisto. Llegó un sobre con material interesante. Apenas le estoy dando un vistazo. Es todo. Vuelve a la cama. Ya voy.

María Luisa sacudió la cabeza y sonrió, desconfiada, como ella solo sabía hacerlo en tales casos. Después de tantos años de casados, su aceptación de que Teruel era un adicto al periodismo era un hecho consumado. Ya habían pasado los años de crisis y de celos. Eran una pareja rumbo a la espléndida madurez.

—Bueno, querido. Si es solo por esta noche... Supongo que es otra de esas historias extraordinarias que tanto te apasionan. No olvides apagar las luces antes de acostarte.

—Despreocúpate, linda. En seguida estoy contigo.

María Luisa regresó al dormitorio, mientras Teruel reunía todos los folios y los colocaba en una nueva carpeta, a la que le puso por título "Archivo de N (II)". Para comprobar su hipótesis, tendría que aguardar la visita del hombre. Calculó hasta cuánto accedería Arturo hijo pagar por esa curiosidad. Porque ahora no le cabía otra idea respecto a las intenciones del visitante. Era una buena historia. Palma siempre había sido noticia, pero era muy cuestionable que el viejo hubiese escrito ese informe. Era un estilo antagónico. Ese informe hacía gala de un propósito

informativo, neutral, como los sueltos del periódico, a pesar de las leves digresiones con visos emocionales. Por ningún lado surgía el tono socarrón, en sordina, que llenaba, por ejemplo, incontables páginas de las *Tradiciones*. Podría publicarse en el suplemento del domingo como un relato. Guardó las carpetas en uno de los cajones.

Teruel había logrado ubicar, al día siguiente, su antiquísimo ejemplar de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Su padre, aún alerta y tan lector como siempre, tenía la biblioteca muy bien organizada. Pasaba sus días de viudez consumiendo volúmenes atesorados por más de sesenta años (a los que se añadían los del abuelo de Teruel, también un impenitente lector). La casa familiar de Barranco aún se mantenía en buen estado. Se quedó a almorzar. Al despedirse, prometió una visita con María Luisa y los muchachos, a lo que su padre replicó con relativo entusiasmo, aunque con la cortesía de costumbre. Le encantaba la soledad.

En uno de esos tiempos muertos tan frecuentes en la vida de un editor, cuando ya todo está encaminado, releyó la novela. Todo estaba ahí, tal como el supuesto autor del documento lo describía, excepto que Palma jamás llamaba al capitán por su nombre y tampoco se aludía al mítico nombre del submarino.

Después de ese reencuentro, la rutina del diario lo distrajo por varias semanas. El gobierno de Bustamante y Rivero enfrentaba una de sus caídas de popularidad más notorias; los socios políticos parecían alejarse, como ratas que abandonan el barco. Las convulsiones del régimen eran evidentes; había conspiradores, pero no se sabía cuándo estallaría el desastre. Carestía e inflación: una mezcla devastadora para el ciudadano común y corriente. El pesimismo invadía a la opinión pública. Por ello, “El archivo de N” había sido relegado a la sección de preocupaciones laterales.

Una noche, concluida la jornada, emprendió el camino a su casa. Esta vez, no bajó por el jirón de la Unión, su trayecto preferido. Optó por un recorrido alterno; quería oxigenarse un poco, así que salió por Azángaro hacia La Colmena, a la altura del Parque Universitario. Le encantaba observar la fantasmal Iglesia de los Huérfanos en noches claras como aquella. Fue precisamente ahí que se dio cuenta: alguien lo seguía. El sujeto estaba escondido en un portal. Temiendo un atraco o el ataque de un opositor al diario, decidió apurar el paso. Casi se insultó a sí mismo por haberse descuidado. Era medianoche y las calles de ese sector estaban desoladas. A lo lejos, percibió los pasos del sujeto. Se sentía como en una de esas películas policiales de John Houston o Howard Hawks, que tanto disfrutaba; pero la sensación no era para nada edificante.

Al llegar a La Colmena, respiró tranquilo; circulaba gente, sobre todo alrededor de los bares. Cruzó a la acera del frente sin mirar atrás ni una sola vez. Al llegar a la Plaza San Martín y torcer hacia Carabaya, se calmó. Ya podía ver el edificio de departamentos. Era como llegar a tierra después de una peligrosa navegación. Esperó que pasara un Ford para, a su vez, cruzar a la puerta del inmueble. La mano le temblaba ligeramente cuando colocó la llave en la cerradura de la puerta de metal y vidrio. Al abrirla, resopló, aliviado. Fue ahí que alguien lo llamó:

—¿Señor Teruel?...

Giró por instinto. Se encontró cara a cara con un hombre enfundado en un abrigo. Llevaba un sombrero de alas anchas que le cubría la frente. Temerario e indignado, se decidió a encararlo, a sabiendas de que el hombre podía desenfundar un revólver.

—¿Por qué me ha seguido? ¿Quién es usted?

El extraño se apartó, mostrando las manos en alto.

—Tranquilo. Perdone si lo asusté. No lo seguí yo, sino uno de mis hombres.

En ese momento, Teruel notó el inclasificable acento del visitante.

—¿Quién es usted?... Dígalo o le pediré al portero que llame a la policía de inmediato.

—Eso no será necesario, señor Teruel. No pienso hacerle ningún daño. Tenía una visita pendiente. Nada debe temer. ¿Puedo pasar un momento? Soy la persona que dejó un documento. Espero que lo haya leído.

Teruel dudó entre dejarlo entrar o tirarle la puerta en las narices. El portero, alarmado, se había acercado al ingreso.

—¿Pasa algo, señor Pablo?..

Más tranquilo, el periodista le dijo que todo estaba bien. Miró al visitante.

—Pase. No acostumbro a recibir personas que se niegan a dar su nombre, pero haré una excepción.

—Un nombre es solo un nombre, señor Teruel.

A continuación, el visitante pronunció unas palabras en una lengua extranjera, dirigidas a personas ocultas en los alrededores. Teruel no fue capaz de reconocerla.

—Les digo a mis hombres que volveré pronto. Que su portero no se inquiete si los ve merodeando. Ninguno tiene intenciones dolosas. Se lo juro.

Teruel asintió. Ingresaron al edificio. Tomaron el ascensor.

—¿Por qué me seguían, entonces? —preguntó el periodista—.

—Por su seguridad. Sabemos que su país pasa por momentos difíciles, como en otros momentos de su historia. Su diario defiende la libertad contra toda forma de despotismo y sus lacayos de costumbre. Usted es uno de los ejes de esa batalla. Hay muchos enemigos ocultos.

—No se incomode si insisto. Soy periodista. Lo llevo en las venas. Por eso, quiero saber quién es usted y por qué está aquí.

—Usted ya lo sabe. Traje un documento para que lo leyera. Eso es todo.

—¿Desea publicarlo?... Disculpe si soy muy directo... Dudo que sea un inédito de Palma. Él no escribía así. En todo caso, hay una tarifa fijada por el director, dependiendo del interés del tema.

El visitante se quitó el sombrero. Aparecieron unos ojos grandes y escrutadores. El rostro, tostado, era impresionante. Tenía una nobleza inusual en un tiempo de caras anodinas en medio del tráfico. Su cabello, abundante, estaba, sin embargo, muy bien cuidado, lo mismo que la barba. El ascensor llegó al piso correspondiente. Salieron al pasillo.

—Si se publica, dependerá de usted. El dinero carece de importancia para mí.

Teruel lo guio hacia la puerta del departamento. Ingresaron al estudio. El visitante se quitó el abrigo. Lucía una especie de uniforme.

—Habla muy bien el castellano. ¿Cuál es su nacionalidad?

—Todas y ninguna, señor Teruel. Y en realidad, eso es irrelevante.

Se sentaron frente a frente.

—¿Quiere tomar algo?

—Es usted muy amable, pero no pienso quedarme tanto tiempo. Además, temo interrumpir el descanso de los suyos.

—Descuide. Mi esposa e hijos tienen buen sueño. Yo soy el que sufre de insomnio de vez en cuando.

—Bueno, lo acompañaré con una pequeña copa de ron.

Teruel sirvió las bebidas. La impresión de desconfianza que le había provocado el visitante cambió cuando lo oyó hablar. Había una velada firmeza en sus palabras, como de una persona acostumbrada a detentar el mando; sin embargo, también apreciaba en él las buenas maneras de un hombre cos-

mopolita, obligado a negociar con sagacidad y tino. Después de que el visitante celebrara la calidad del ron, Teruel decidió atacar de frente:

—Bueno, señor... No me ha dicho su nombre. Parece que para los efectos que lo trajeron aquí, no es importante. Leí el documento. Le confieso que es notable, pero hay un problema de estilo. Creo que cualquier estudioso, por más principiante que fuese, se daría cuenta de que Palma no podría haber escrito esa especie de informe. No obstante, reconozco el ingenio de quien lo haya redactado.

El visitante lo observó, comprensivo. Era evidente que esperaba esa reacción por parte de Teruel. Replicó en forma pausada:

—Tampoco tiene pruebas en contra de esa posibilidad. Yo le puedo asegurar que es auténtico. No obstante, ese no es el punto. No habría viajado desde tan lejos solo para escuchar su proclama escéptica... sin ofenderlo.

A Teruel le pareció de una arrogancia extrema esa declaración; sin embargo, en un hombre de esa condición podía entenderse.

—No me ofende en absoluto. Por veinticinco años he enfrentado todo tipo de casos, algunos extrañísimos. Aun así, siento que es una obligación profesional mantenerme en una posición racionalista, al menos por ahora.

El extraño se quedó en silencio.

—Señor Teruel, admiro su sinceridad. Yo no he conocido, en mi larga vida, a demasiados humanos que practiquen esa virtud... Como le dije hace un momento, no permaneceré mucho tiempo aquí. Mi buque zarpará mañana de estas aguas; debo coordinar los preparativos.

—¿Es usted marino?... Algo me decía que sus actividades se relacionaban con la navegación.

—Sí, digamos que soy un viejo lobo de mar, aunque no de las características que usted supone.

—Bien. Entonces regresemos al punto. No quiere dinero, pero le interesa que este documento singular se publique. ¿Quién lo escribió?... Yo no puedo comprometerme a difundir un texto cuya autoría es dudosa. ¿Es usted?

El visitante nocturno parecía divertirse.

—No, señor Teruel. Sabía que me enfrentaría a un interlocutor de cuidado. Yo no escribí el informe. Fue Ricardo Palma, un famoso hombre de letras nacido en 1833, en esta ciudad, y fallecido en 1919.

—Datos que corroboro. Mi padre fue uno de sus mejores amigos. Yo no lo traté tanto.

—¿Qué me diría si le aseguro que el episodio es real, y no solo la autoría?

—Le diría que está perturbado... con todo respeto.

—Comprendo que conserve las defensas altas. Todo lo que usted leyó ocurrió. El hecho de que la historia oficial de su país no lo consignara, es un asunto menor.

—Necesitaría más pruebas, señor. Acepto que Palma participó en la Guerra del 66 contra España. Pero los submarinos no existían hace ochenta años. El hecho de que el autor lo mezclara con personajes de ficción resulta atractivo, aunque poco añade a la veracidad de la historia.

—¿Está seguro de que no había submarinos en 1866? No lo presuma con tanto aplomo.

—Estoy seguro. Fue una invención de Julio Verne. No se desarrollaron hasta muy entrado este siglo. En la última guerra, fueron utilizados en el Atlántico y el Pacífico. Curioso que el aparato de Verne también fuera un arma de guerra; hasta en eso fue un visionario. Sabía de naturaleza humana.

El visitante asentía. Parecía tener bajo la manga un argumento contrario, y lo sustentaba con seguridad:

—Veo que conoce muy bien la obra de ese francés. Magnífico. ¿Tiene usted un ejemplar de su libro más célebre, donde aparece por primera vez el *Nautilus*?

—Sí, por supuesto.

—Tráigalo, si no es molestia.

Teruel, siguiéndole la cuerda, buscó el ejemplar en su estante.

—Aquí está. ¿Qué desea mostrarme?

—Vea el primer capítulo. ¿Qué año consigna Verne para la primera aparición del *Nautilus*?

El periodista ubicó el pasaje, justo al inicio de la novela.

—Aquí está... 1866.

—Correcto... ¿En qué año publicó el libro?

Teruel se ubicó en la introducción.

—Lo tengo... 1870.

—Bueno, ¿y cuándo comenzó a planearlo?

Volvió a explorar:

—En 1865...

—Ahora reúna todos los datos. ¿No lo ve aún? La idea embrional se remonta a 1865. Es posible que la redacción no se iniciara hasta 1866. Ese año, según el documento que le di a leer, aparece un objeto que navega bajo la superficie del mar frente al Callao. Usted tiene la verdad muy cerca, pero su razón lo nubla.

Teruel se dio cuenta de que el visitante quería acorralarlo con una serie de datos de incuestionable veracidad. También adivinó cierta premura en el hombre, como si el tiempo se le estuviera acabando en aquel diálogo sometido a tantas dilaciones.

—Señor Teruel... Le ahorraré algo de trabajo. Sé lo que responderá; a pesar de todo me arriesgo.

—Lo escucho.

—Gracias. Es comprensible su actitud. ¿Qué pensaría si le dijera que había al menos un submarino surcando los océanos en 1866, tan real como a los que usted aludió hace un instante?

—Le diría que es imposible probarlo.

—Bien, eso puede solucionarse... Quizás estaría más dispuesto a creermelo si yo mismo le muestro el navío. Pero no quiero efectismos. Esa embarcación cobijó a Palma durante casi dos días, entre el 30 de abril y el 1 de mayo de ese año. La nave de que hablo se involucró en el combate del día 2, a las once de la mañana.

—Ese dato lo consigna Palma. El hombre le grita “once de la mañana”... Es la hora en que se inició el combate... Es obvio que usted no responderá si le pregunto cómo supo el capitán que la escuadra española atacaría en ese momento... Voy a lo práctico: ¿sugiere usted que la Alianza del Pacífico tuvo una ayuda inesperada?

—El capitán de la nave optó por apoyar a quienes luchaban contra el imperio español. Era lo correcto.

—¿Y cómo sabe usted tanto de los hechos?

—No me decepcione, señor Teruel. Es evidente que esto solo podría saberlo con lujo de detalles quien hubiese estado allí. Teruel ya no tuvo nada que decir. Comenzaba a articular una hipótesis en medio de esa coyuntura.

—Estuve ahí, señor Teruel. Soy el capitán de ese navío misterioso. He vuelto quizá no tanto para devolver estos testimonios de primera mano, sino para darle una explicación respecto de lo que sucedió en la fortaleza del puerto el 2 de mayo. La muerte de Gálvez fue el lamentable resultado de un error nuestro. En 1906 volvimos al Perú. Sentía que mi deber era disculparme con el hombre al que alojamos durante los días previos al combate. Sabíamos que habían transcurrido cuarenta años del tiempo convencional. Y fue en ese breve encuentro con Palma, que ya tenía más de setenta años, que él

me entregó estos folios, mecanografiados por su hija Angélica. Los había guardado por años. Él intuía un reencuentro. Me reconoció de inmediato. Fue muy amable, lo que se dice un caballero. Y no nos guardaba rencor. Le expliqué que, por mala suerte, nuestro sistema de lanzamiento sufrió un error de balance, y un proyectil cayó donde estaba el comandante en jefe.

Teruel lo interrumpió con naturalidad:

—Si me ciñera a su historia con criterios de exactitud, debería llamarlo “Nemo”... —dijo, con aire sarcástico—. Pero Nemo y ese submarino son ficticios.

—Lo son para usted, señor Teruel, pero no para mí o mis hombres. Hemos existido en los océanos desde que el francés comenzó a borrar cuartillas. Nuestra existencia se inició el día en que ese autor esbozó su novela. Desde entonces, el destino de mi *Nautilus* se desarrolló de manera independiente. Gozamos de una autonomía singular.

—Es delirante... —musitó Teruel.

El hombre hizo una pausa. Luego, se puso de pie. Tomó el sombrero y el abrigo.

—¿Debe irse?... Aún tengo muchas dudas.

—Haga usted el resto, señor Teruel. Por eso lo busqué: es uno de los hombres más honestos, lúcidos y respetados de su sociedad.

Teruel obvió los cumplidos:

—¿Cómo sabe tanto de mí... capitán?... —Teruel se sorprendió a sí mismo al utilizar tal término—. Supongo que debo llamarlo así.

—Métodos comunes y corrientes. Recabamos información en todos los lugares a los que llegamos. Mi gente se confunde con los naturales. Funciona. Y como le dije, no es la primera vez que estamos en su país. Hay algo en estas tierras que nos atrajo siempre. Quédese con el documento.

—Estará bajo mi custodia.

—Muy bien, señor Teruel —dijo el hombre—. Ya cumplí con mi obligación. Devolverle estos papeles, que pertenecen a sus compatriotas, y reiterar mis sinceras disculpas por el lamentable accidente de 1866.

El visitante tendió su mano, curtida por los elementos. Teruel se la estrechó, sin salir de su asombro.

—Antes de que se vaya, solo quiero hacerle una pregunta. Si dice ser el capitán de un submarino que existe en la ficción y en la realidad, ¿qué hizo durante las guerras mundiales? ¿Por qué bandos peleó?... Con la tecnología del 800, ¿podría haber equilibrado el poder de fuego?...

La respuesta del visitante fue contundente:

—Usted ya lo dijo... Un submarino que existe en la ficción... pero la realidad de la que se jacta tanto es nuestra materia prima, señor Teruel. Piense que todas las especies se adaptan, así nazcan en la mente desaforada de un francés. Ahora sí debo partir. Será una larga jornada hasta mi hogar. Y es probable que nunca retornemos. Mi tripulación está agotada. Me han secundado en peripecias inimaginables. La última guerra fue un desafío, sobre todo evadiendo a los japoneses, a los que castigamos con dureza por lo que hicieron en Extremo Oriente. Ya lo habíamos hecho con los alemanes, en el Atlántico. Nuestra ventaja siempre fue el conocimiento de rutas secretas, inaccesibles para el que no tuviera la experiencia. Pero ya llegó el instante del reposo.

Teruel lo acompañó hasta la puerta. Se le habían agotado las defensas.

—Quiero pedirle un favor... capitán.

—¿Cuál, señor Teruel?

El taxi lo dejó en el malecón de Chorrillos. Atardecía. Estaba inseguro respecto a su solicitud. ¿Por qué pesaba tanto esa premonición del fin de una era? El relato del visitante carecía de fisuras. Era muy difícil rebatirlo. Al formularle el pedido, el hombre accedió de muy buena gana, como si al fin supiera que ese periodista aceptaba su historia. Había asumido que si algo emergiera de esas aguas tan imprevisibles, un ciclo se estaría completando. Y él, sin haberlo imaginado, era una pieza más, encargada de clausurarlo. En el discurso del capitán también latía ese tono crepuscular. Se apreciaba una fatiga en los matices de su voz, una resignación frente a una época donde esa nave ya no tenía un lugar preciso.

Se aproximó a los balaustres. Al fondo, en el otro extremo de la gran bahía, flotaban, como animales gigantes, las dos islas a las que el relato de Palma se había referido. La Punta surgía a continuación, a la manera de un espolón de tierra que lucha contra el mar. Era la hora pactada. Extrajo los binoculares del estuche y comenzó a rastrear las aguas, igual que el joven Palma ochenta años antes. Optó por apartarse a una zona remota del malecón, hacia el Morro Solar, para no ser interrumpido por algún paseante. Su corazón latía con violencia. Buscó en el océano con pulso nervioso. Un observador externo, de fijarse en él, habría pensado que era una especie de maniático compulsivo. Pero estaba libre de testigos molestos. A las cuatro y quince de la tarde, nada insólito parecía alterar el oleaje o el aspecto usual de las aguas. Las aves marinas revoloteaban de un lado a otro, en su atávica búsqueda de alimento. Volvió a consultar su reloj. Ya había transcurrido un tiempo prudencial. Escrutó el panorama; se sentía engañado. A esa hora, el que decía llamarse Nemo estaría burlándose de él. No era nada gracioso: pedirle ese favor insólito solo se explicaba por una debilidad momentánea, de la que ahora se arrepentía.

Se consoló, pensando que su poco razonable presencia en Chorrillos intentaba ser un tributo a su propio *Nautilus*, el que había consumido tantos días de su pasado, hoy irrecuperable, y que aún vivía en la memoria. De pronto, una forma extraña comenzó a anunciarse. El Sol estaba oculto tras una masa de nubes no demasiado espesa. Sin la molestia del brillo enceguecedor, fijó los binoculares en ese punto. Algo asomaba entre las olas. Teruel sintió un nudo en la garganta; los ojos se le humedecieron. El contorno del submarino comenzó a destacarse; cuando emergió del todo, pudo ver una especie de torrecilla cónica de cuatro caras, con una ventana en cada una, como en los dibujos de los ilustradores de Hetzel para la edición original de 1870. Una compuerta se abrió.

Con los brazos cruzados, apenas una silueta a la distancia, el capitán parecía contemplar Chorrillos. Sabía que Teruel lo vería allí, despidiéndolo en silencio, cancelando en el mismo acto su infancia y primera juventud. La visión se prolongó por un lapso breve. El capitán retornó a las entrañas de su navío. La compuerta se cerró; el mar alrededor del submarino experimentó súbitas agitaciones y poco a poco comenzó la inmersión. Teruel guardó los binoculares en el estuche. Respiró hondo, aferrándose a la balaustrada. Al instante, se dirigió a la estación del tranvía.